

EL OBRERISMO CATÓLICO EN ESPAÑA: SUEÑOS Y FRACASOS



Herrera Oria junto con otros propagandistas.

Durante la Revolución Francesa, la Ley Chapelier de 1791 había suprimido los gremios. Este tipo de legislaciones se fueron sucediendo por muchos países. Junto a ello, las desamortizaciones de las tierras

eclesiales y comunales generaron una masa de trabajadores desarraigados que acabaron convirtiéndose en un proletariado desolado por las múltiples injusticias de una voraz burguesía decimonónica. Con

la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (1891), se iniciaba la llamada “cuestión social” en la doctrina eclesial, con la intención de dar directrices para subsanar estos males. Desde amplios sectores católicos, tanto

conservadores-liberales como tradicionalistas, se propusieron e impulsaron múltiples iniciativas obreristas¹. No todas obtuvieron el mismo resultado y, más bien, entre ellas surgieron encontronazos que esterilizaron

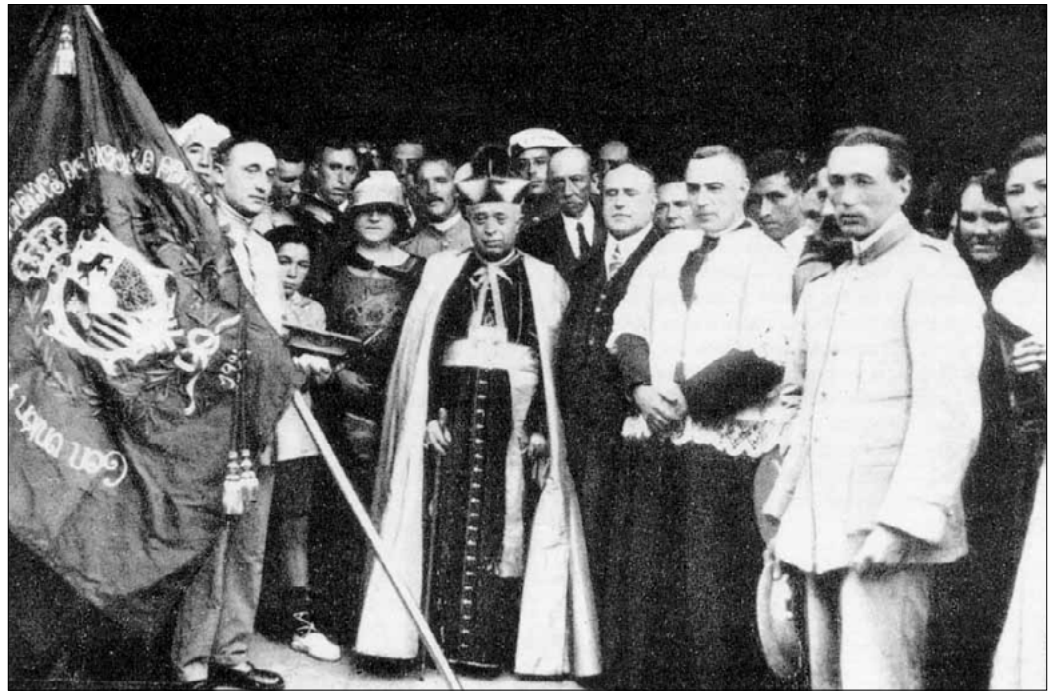
1 Uno de los primeros registros que tenemos es el siguiente: en el año 1879, el jesuita Antonio Vicent creó los Círculos Católicos basados, en gran medida, en los Círculos Obreros franceses. Estos Círculos eran una suerte de casinos populares que pretendían apartar a los obreros de las tabernas, un objetivo que compartían con las Casas del Pueblo, pero que contaban con el apoyo de los patronos.

los esfuerzos por consagrar un obrerismo católico.

LOS ANTECEDENTES DEL SINDICALISMO CATÓLICO

Con la Restauración borbónica, ciertos obispos y Cánovas del Castillo aplaudieron la iniciativa de Alejandro Pidal y Mon y su “Unión Católica” (1881-1884). En un principio era un “movimiento” que llamaba a las masas católicas para realizar una acción social. Pidal y Mon prometió que no se trataba de un partido político y que los tradicionalistas no debían desconfiar. Pero los católicos intransigentes no cayeron en la trampa. Sabían que la “Unión Católica” se trataba de una ardid para arrastrarles a apoyar al Partido Liberal-Conservador de Cánovas. Finalmente, como no podía ser de otra forma, la “Unión Católica” se integró en el partido de Cánovas.

Tras esta fracasada estrategia de movilización, el catolicismo social español tuvo sus primeros impulsos con los Congresos Católicos Nacionales², la organización de las Semanas Sociales, la fundación de la Acción Social Popular de Barcelona y otras muchas otras asociaciones e iniciativas³. Esta labor social, en toda Europa, se empezó asociar al confuso término de “Democracia Cristiana”. Ello llevó a León XIII a escribir la encíclica *Graves de Communi* (1901), en la que afirmaba que



El obispo de Bilbao bendice la bandera de los tranviarios del Sindicato Profesional Católico en 1924.

el término “Democracia Cristiana” sólo era legítimo usarlo para designar la acción social de los cristianos en favor de los desfavorecidos, y nunca como un término político.

En los sectores católico-liberales siempre se jugó a la ambigüedad no distinguiendo, como veremos, entre la acción política y la acción social. Y usando la acción social como instrumento de sus proyectos políticos. Javier Tusell, en su *Historia de la Democracia Cristiana en España*, deja claro que tras la *Rerum Novarum* se escondía la problemática que el mismo Papa había intentado atajar con una Encíclica anterior y dedicada a los españoles: la *Cum Multa* (1882). Esta última se escribió para contener la convulsión provocada entre los católicos partidarios de la

Restauración y el Régimen de 1876, y los que no aceptaban las maniobras de Cánovas del Castillo para integrar las “masas” católicas en la derecha conservadora.

LA CUESTIÓN SOCIAL Y OBRERA EN ESPAÑA

En el primer tercio del siglo XX, y hasta la llegada de la II República, se intentó establecer un obrerismo católico fruto de iniciativas dispersas y a veces contrapuestas⁴. Ello produjo un limitado arraigo del sindicalismo en algunas partes de España. Se pueden establecer dos grandes categorías de sindicalismo u obrerismo en esa época. Por un lado, estarían los sindicatos y asociaciones que dependían

directa o indirectamente de la jerarquía eclesiástica. A nivel agrario el jesuita P. Nevares, en 1912, fundó los sindicatos agrícolas que arraigaron en el norte de Castilla. En 1920 fundaba la Confederación Nacional Católico Agraria. Así, en el ámbito rural castellano el sindicalismo católico alcanzó una importante implantación. Los miembros de la Asociación de Propagandistas tuvieron un papel fundamental en la articulación de estas asociaciones. Por su parte, otro jesuita, el P. Gabriel Palau, creaba en 1908 la Acción Social Popular (ASP). De ella surgieron las Uniones Profesionales. Entre los sectores católicos obreristas más intransigentes recibieron críticas, pues su labor sindicalista quedaba muy limitada.

La Acción Social Popular estaba financiada por el

2 “A pesar de las divisiones políticas, la celebración de los Congresos Católicos constituye una expresión bien elocuente del grado de recuperación o restauración católica tras el dismantelamiento de la revolución liberal (desamortizaciones y exclaustaciones)”, Feliciano MONTERO GARCÍA, F. (2010). El catolicismo español finisecular y la crisis del 98, en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 15, p. 5.

3 Por ejemplo: la Asociación de Eclesiásticos para el Apostolado Popular, también fundada en Barcelona, la revista *La Paz Social* de Zaragoza y una red de cajas rurales y sindicatos agrícolas.

4 Corriendo los años, en 1906, un joven carlista, Severino Aznar, organizaría a partir de 1906 las Semanas Sociales para tratar de la cuestión obrera. También por ese tiempo, ya reinando San Pío X, con el documento *Il firmo Proposito* (1905) se fundaría la Acción Católica.

segundo Marqués de Comillas, Claudio López Bru. Este dominaba también el Consejo Nacional de Corporaciones Obreras Católicas. Los dirigentes de estas asociaciones desarrollaron una labor de ayuda espiritual y material sobre los obreros, evitando que se desarrollaran otras formas de sindicalismo. Por ello fueron acusados, y con razón, de “amarillistas”. La inevitable crisis de la ASP llevó a que el P. Luis Gomis fundara la Federación Obrera Católica, que rápidamente fue tachada por sindicalistas católicos tradicionalistas como una “ficción sindical”. La razón era que quería seguir manteniendo el obrerismo bajo el paternalismo ejemplificado en el Marqués de Comillas.

Por otro lado, tenemos los sindicatos profesionales o libres, compuestos por católicos, pero que se definían aconfesionales. Una de las iniciativas la desarrolló el P. Arboleya en los sectores de la minería de Asturias. Como defendía un sindicalismo “puro” alejado del “amarillismo”, acabó entrando en conflicto con el Marqués de Comillas. El fracaso del proyecto del P. Arboleya facilitó que las cuencas mineras cayeran en manos del sindicalismo revolucionario. En las Vascongadas, destacó la obra del dominico P. Gafo. En 1914 ya había fundado el sindicato Ferrovianos Libres de Madrid. Sorprendió a todos porque quiso que el sindicato fuera aconfesional para no tener que depender de la jerarquía eclesiástica, que en estos temas siempre entorpecía la labor sindical.

En verano de 1923, viajó a Barcelona para verse con Ramón Sales, dirigente de los

famosos Sindicatos Libres. Así se logró una unión de los Sindicatos Católico-Libres del Norte de España con los Libres de Barcelona (de origen tradicionalista), que cuajaría a finales de año con la constitución en Pamplona de la Confederación de Sindicatos Libres de España. Los Sindicatos Libres tuvieron que vivir un obrerismo de calle en medio de la época del pistolerismo. Entre 1919 y 1922, los Libres contaron con 53 dirigentes asesinados. En la Guerra Civil morirían asesinados también el P. Gafo (actualmente beatificado) y Ramón Sales, entre otros muchos sindicalistas de los Libres.

En 1919, un antiguo carlista, Severino Aznar, había creado el denominado Grupo de la Democracia Cristiana con su epicentro en Zaragoza⁵. El objetivo del grupo, en un principio, era la organización de sindicatos católicos, aunque poco después cayó en la tentación del sacerdote Luigi Sturzo y su proyecto político del Partito Popolare Italiano. Por aquel tiempo, *El Debate* y su director Ángel Herrera Oria (representando a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas) intentaron reagrupar a los católicos bajo un mismo partido. Así, bajo influencia de la ACNP, se constituyó en 1922 el Partido Social Popular⁶. Acertadamente, afirma Feliciano Montero que: *“En el contexto de la fuerte división política de los católicos españoles durante la Restauración, el primer catolicismo social fue considerado por muchos propagandistas como una vía de superación de esa división política. Pero pronto, también en el seno del catolicismo social*

*se reprodujeron las tensiones y descalificaciones en las que se cruzaban las viejas cuestiones políticas sobre el «mal menor» con las nuevas polémicas sobre la autonomía y la confesionalidad de los sindicatos católicos”*⁷.

El Grupo de la Democracia Cristiana, llamado a desarrollar un obrerismo católico que pronto colapsó por falta de claros criterios sindicalistas, acabó evolucionando e integrándose en el Partido Social Popular. Se cumplía así un patrón que se iría repitiendo: las iniciativas sociales de la Democracia Cristiana nunca derivaban en sindicalismo y siempre acababan en proyectos de partidos políticos que controlaran el voto católico (sobre todo el codiciado voto tradicionalista e integrista).

LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA Y EL OBRERISMO



Miguel Primo de Rivera

En 1923 se produjo el Golpe de Estado de Primo de Rivera. La llegada de la Dictadura convulsionó al recién fundado Partido Social Popular. Pronto hubo una escisión, entre los más entusiastas de Primo de Rivera y los que se opusieron. El proyecto político democristiano moría prácticamente al nacer. En 1923 el partido se disolvía y muchos se sumaron a la Unión Patriótica. Esta formación estaba formada por sectores del catolicismo no carlista, muchos de ellos vinculados a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas que anteriormente había impulsado las primeras “Uniones Patrióticas”. La Unión Patriótica Castellana contaba con el apoyo de los Sindicatos Agrícolas del Norte de Castilla.

Mientras, la cuestión obrera seguía siendo uno de los puntos a resolver por la Dictadura de Primo de Rivera. En 1926 el régimen creaba la Organización Corporativa Nacional (OCN), cuya función debía ser regular las relaciones laborales y las condiciones de trabajo. El marco ideológico era una mixtura entre el corporativismo católico, el paternalismo del Estado y ciertas influencias del corporativismo fascista italiano. Primo de Rivera quiso acabar con los sindicatos “duros” que utilizaban la huelga como instrumento de presión, para sustituirlos por sindicatos con funciones asistenciales, de educación y que fueran los intermediarios para elegir a los representantes de los trabajadores en los “Comités Paritarios” de las empresas.

Así, el régimen excluyó a la CNT y a los Sindicatos Libres. Para sorpresa de muchos, la UGT consiguió copar casi

⁵ Aznar, candidato carlista por Daroca (Zaragoza) en 1910, buena parte de su vida la dedicó a extender el catolicismo social. Ello no quitó que, como otros muchos, participara en la Unión Patriótica de Primo de Rivera o que viera morir a varios de sus hijos, falangistas de primera generación, en la Guerra Civil.

⁶ Rafael DÍAZ-SALAZAR MARTÍN, «Política y religión en la España contemporánea», en *Reis*, 52/90 65-86. p. 61.

⁷ Feliciano MONTERO, “El peso del integrista en la Iglesia y el catolicismo español del siglo XX”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42-1, 2014, p. 41 (en edición digital).

todos los puestos en los Comités Paritarios y en las comisiones mixtas organizadas por el Estado. Este favoritismo hacia el sindicato socialista fue repudiado por los sindicatos agrícolas católicos y por los Libres. No sólo era una ofensa en el orden ideológico, sino también en ámbito de la supervivencia. La CNT pasó a la clandestinidad y el sindicalismo de los Libres quedó prácticamente apagado.

LA LLEGADA DE LA REPÚBLICA: DEMASIADO TARDE PARA EL OBRERISMO CATÓLICO

La abrupta llegada de la II República abocó a la Unión Patriótica a la desaparición. Los partidos monárquicos estaban desarbolados, la izquierda había monopolizado el obrerismo y los conservadores carecían de un partido que los representara. El nuncio, Federico Tedeschini, era partidario del “accidentalismo” y, por tanto, de aceptar la República como “poder constituido”. Por una serie de circunstancias, en su dirección efectiva, la Acción Católica fue entregada a Herrera Oria. Este, con sus propagandistas y gentes de la Acción Católica, fundó un

partido que acabó llamándose Acción Popular. *El Debate* pasó a ser el periódico oficial del partido. Nuevamente la cuestión política iba a pasar por encima de la acción social.

La ACNP, con la llegada de la II República, nutriría las bases de la Juventud de Acción Popular⁸. Este hecho no es casual, pues respondía a una estrategia anti-carlista y anti-integrista desarrollada por el nuncio Tedeschini. La política vaticana pretendía una reconducción de la Acción Católica (hasta entonces dominada por los intransigentes)⁹ hacia posturas *accidentalistas* para que no se combatiera la II República¹⁰. Pero la fuerza del catolicismo liberal nunca llegó a cuajar un partido Demócrata Cristiano para tener un peso en el nuevo Régimen. De hecho, los propagandistas consiguieron el acta de Diputado en las Constituyentes por diversos partidos¹¹. En ningún momento la CEDA se podría considerar la representación española de la Democracia Cristiana. Ello no quita que, entre sus diputados, llegara a tener numerosos propagandistas¹².

La Acción Católica hizo un tímido esfuerzo por comprometerse con la cuestión social. En su seno fundó el Instituto Social Obrero, pero con apenas resultados. Los sindicatos católicos agrarios castellanos entraron en crisis. Para colmo,

tras la proclamación de la II República, los Sindicatos Libres recibieron un nuevo golpe. Companys auspició entre los grandes sindicatos revolucionarios y la patronal el llamado “Pacto del Hambre”, por el cual se comprometían a no contratar a los afiliados a los Libres. Los Libres ya no pudieron ser el contrapeso al obrerismo revolucionario. El sindicalismo, debido a los desatinos del catolicismo liberal, quedó en manos de las izquierdas.

EL OBRERISMO CRISTIANO-PROGRESISTA DURANTE EL FRANQUISMO

Ya en 1938 se aprobó en la zona nacional el Fuero del Trabajo. La constitución de un sindicato vertical único en el régimen que salió victorioso de la Guerra Civil y las excelentes condiciones que se fueron proporcionando a los obreros, hicieron estéril cualquier intento de sindicalismo fuera de las nuevas estructuras. Tras la guerra, la Acción Católica volvió al intento de ejercer una acción social sobre los obreros. En 1946 se fundó en su seno la Hermandad Obrera de la Acción Católica (HOAC) y en 1947 la Juventud Obrera Católica (JOC). En ellas

se refugiaron democristianos (aunque otros se colocaron en el régimen franquista).

En 1953, se firmaba el Concordato con la Santa Sede. Este Concordato consagraba el modelo de estado confesional católico. Sin embargo, una parte del catolicismo liberal español de los años 50 inició unas estrategias para mantener una cierta distancia con el franquismo. Nos referimos a una sutil promoción dentro del régimen de una obrerista que les acercó y fusionó con la resistencia al franquismo.

La publicación en España de la Encíclica de Juan XXIII, *Pacem in terris* (1963), sirvió de acicate a todos los católicos liberales para reemprender la acción. A base de referencias, estudios sobre la Encíclica y citas descontextualizadas, se elaboraban documentos para deslegitimar los fundamentos católicos de la democracia orgánica y corporativista franquista. Viejos falangistas, como Dionisio Ridruejo, creían vislumbrar el paraíso terrenal del socialismo. Ridruejo expresó literalmente que el eje de resistencia al franquismo pasaba por: Montserrat, los jesuitas, la Revista *El Ciervo*, los pequeños grupos democristianos, y la Acción Católica con sus HOAC y JOC¹³.

Ciertamente, la resistencia al franquismo anidó con fuerza en ciertos sectores

8 Cf. Chiaki WATANABE, «Juventud Católica Española. Orígenes y primer desarrollo» en *Espacio, Tiempo y Forma*, núm. 8, 1995, 131-139.

9 Sólo desde esta perspectiva se puede entender la fundación en Cataluña de una Acción Católica paralela: la Federació de Joves Cristians de Catalunya.

10 Cf. Feliciano MONTERO, «Las derechas y el catolicismo español: del integrismo al socialcristianismo» en *Historia y Política*, núm. 18, Madrid, julio-diciembre, 2007, 101-128, p. 108.

11 Las Cortes constituyentes de 1931 contaron con cinco propagandistas como diputados, Ricardo Cortés en las listas de Acción Nacional, José María Gil-Robles y José María Lamamie de Clairac por el Bloque Agrario, el nacionalista vasco José Antonio Aguirre (que sería el primer lehendakari del gobierno vasco en 1936) y el tradicionalista Marcelino Oreja Elósegui por la Minoría Vasco-navarra.

12 En las elecciones de noviembre de 1933, fueron elegidos diputados unos 34 propagandistas, unos 30 en las listas de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) de la que Acción Popular es el grupo más importante.

13 Desde el propio progresismo católico se relata esa ruptura. Cf. A. MURCIA, *Obreros y obispos en el franquismo*, Madrid, HOAC, 1995.

eclesiásticos. A modo de ejemplo, la Unión Sindical Obrera (USO) sale del seno de la JOC¹⁴. Igualmente salen de entornos cristianos las primeras Comisiones Obreras (CC.OO.). En 1954, los jesuitas habían fundado las Vanguardias Obreras en el seno de las Congregaciones Marianas. Estas fueron “evolucionando” hasta formar en 1962 la Asociación Sindical de Trabajadores (AST) que se acabaría autodenominando un sindicato aconfesional, unitario y revolucionario. En 1970, la AST se transformaría en una organización maoísta: la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT). Este es sólo un ejemplo de los muchos destinos que tuvieron las asociaciones católicas que habían caído en la trampa del diálogo conciliar.

EL SUEÑO DE LA TRANSICIÓN Y LA DEBACLE

Las Vanguardias Obreras y otras organizaciones iban desarrollando sus movilizaciones: Asamblea General de Militantes en Madrid (1974), la II Asamblea General en Valladolid (1975), la III Asamblea General en Valencia (1977), la IV Asamblea General en Granada (1979) y la V Asamblea General en Barcelona (1981). Esta obra de los jesuitas acabaría integrándose en las Comunidades

Cristianas Populares¹⁵. El extraño maridaje entre cristianismo y comunismo pareció funcionar a las mil maravillas.

En 1973, en un Comité Central del PCE, López Raimundo (Secretario General del PSUC) afirmó que los aliados más consecuentes del partido eran los cristianos; Sánchez Montero valoraba muy positivamente la creación de *Cristianos por el Socialismo*¹⁶; en 1974 los cristianos eran dirigidos desde las organizaciones como la HOAC, JOC y ACE a integrarse en el Partido Comunista¹⁷. La afluencia es tal que, en 1975, desde el Comité Ejecutivo del PCE, se emite la declaración programática

*Militancia de cristianos en el Partido*¹⁸. Un relato imprescindible de estos años es el aportado por Alfonso Carlos Comín en su obra *Cristianos en el partido, comunistas en la Iglesia*¹⁹. Las veleidades del cristianismo progresista tuvieron efectos letales para la Iglesia. A modo de ejemplo, la Acción Católica pasó de 600.000 militantes en 1954 a menos de 15.000 en 1979²⁰.

Se cumplía la profecía que había escrito Gramsci en 1919 en *Ordo Novo*, un día después de la fundación del Partido Comunista Italiano (PCI): “*El catolicismo, al resplandecer en la historia, entra así en competición no tanto con el*

liberalismo, no tanto con el estado laico, sino que entra en competición con el socialismo y será derrotado [...] el catolicismo democrático hace lo que el socialismo no podría: amalgama, ordena, vivifica y se suicida”.

CONCLUSIÓN

Desde sus orígenes decimonónicos, la Iglesia tuvo clara preocupación por la cuestión social y el incipiente obrerismo. En España, el catolicismo estuvo dividido entre los “malminoristas” o “accidentalistas” que deseaban aceptar el nuevo régimen de cosas y los que pretendían resistir plenamente a la modernidad. Los primeros se



Asamblea en Barcelona de Comisiones Obreras del 11 de julio 1976.

¹⁴ De la HOAC, en 1961, se fundó la Unión Sindical Obrera (USO), de su rama catalana se creó la USOC y por ella pasaron católicos que, posteriormente, en relaciones con la oposición comunista franquista fundaron las Comisiones Obreras.

¹⁵ Cf. J. DOMÍNGUEZ, “Las Vanguardias Obreras en la lucha por la democracia”, XX Siglos, 16, 1993, pp. 63-72.

¹⁶ Para una breve síntesis de este movimiento, visto por uno de los protagonistas, cf., María Carmen GARCÍA-NIETO, “La historia vivida y protagonizada por CPS, 1973-1993”, Pastoral Misionera, 193-194, marzo-junio de 1994, 111-121.

¹⁷ Hay mucha literatura respecto a esos años. Quizá las más interesantes son las relatadas desde la perspectiva cristiano-progresista. A modo de ejemplo, cf. Instituto Fe y Secularidad, *Los marxistas españoles y la religión*. Madrid, Edicusa, 1977.

¹⁸ Cf. María Carmen GARCÍA-NIETO, “Participación en partidos y sindicatos”, XX Siglos, 16, 1993, 98-108.

¹⁹ Cf. Alfonso COMÍN, *Cristianos en el partido, comunistas en la Iglesia*. Barcelona, Laia, 1977.

²⁰ Cf. José-Andrés GALLEGU, *La Iglesia en la España Contemporánea (2). 1036-1999*, Madrid, Encuentro, 1999, p. 159.

motivaron por la cuestión social y desarrollaron iniciativas, pero que nunca acabaron en un sindicalismo católico. Antes bien, el encuadramiento de los católicos para la acción social, lo aprovecharon para formar partidos políticos, de corte conservador, que “aunaran” a todo tipo de católicos (liberales y tradicionalistas). Por otro lado, el catolicismo más intransigente siempre quiso desarrollar un sindicalismo incluso independiente de las estructuras eclesiales, pues las consideraba entorpecedoras de un verdadero obrerismo. La denominada, genéricamente, Democracia Cristiana, siempre fue una ambigua forma de arrastrar a los católicos, con excusa de la acción social, al encuadramiento en partidos políticos accidentalistas con los regímenes de turno. Esta estrategia accidentalista, en España, llevó a que acabara fracasando tanto un Partido Católico como un sindicalismo católico. Por tanto, se puede afirmar que el sindicalismo conforme a los principios católicos es un reto que deben poner de nuevo en marcha. Pero, para ello, mejor primero aprender de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Luis AGESTA, “Orígenes de la política social en la España de la restauración” en *Revista de Derecho Político*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, n. 8, p. 2-20, 1981.
- Donato BARBA, *La Democracia Cristiana*, Madrid, Encuentro, 2001.
- Rafael DÍAZ-SALAZAR MARTÍN, «Política y religión en la España contemporánea», en *Reis*, 52/90 65-86.
- J. DOMÍNGUEZ, “Las Vanguardias Obreras en la lucha por la democracia”, *XX Siglos*, 16, 1993, pp. 63-72
- José-Andrés GALLEGO. *La Iglesia en la España Contemporánea (2). 1036-1999*, Madrid, Encuentro, 1999.
- María Carmen GARCÍA-NIETO, “Participación en partidos y sindicatos”, *XX Siglos*, 16, 1993, 98-108
- José Luis GUINEA, *Los movimientos obreros y sindicales en España: de 1833 a 1978*, Madrid, Ibérico Europea de Ediciones, 1978.
- HEINE, Hartmunt: “La construcción de la ‘Nueva Izquierda’. El resurgir de la democracia española, 1957-1976”, en Josep FONTANA, *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 1986.
- INSTITUTO FE Y SECULARIDAD, *Los marxistas españoles y la religión*. Madrid, Edicusa, 1977
- José M. IRABURU, *Católicos y política*, Pamplona, Fundación Gratis Date, 2011.
- Jeroni Miquel MAS RIGO, *De los sindicatos libres a los sindicatos verticales*, Madrid, Punto Rojo Libros, 2022.
- Feliciano MONTERO GARCÍA, «Las derechas y el catolicismo español: del integrista al socialcristianismo» en *Historia y Política*, núm. 18, julio-diciembre, 2007, 101-128, p. 108.
- Feliciano MONTERO GARCÍA, “El catolicismo español finisecular y la crisis del 98”, en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 2010, 15, 221-237.
- María Luz MORÁN, «Los estudios de cultura política en España», en *Reis*, 85/99, 97-129
- Antonio MURCIA, *Obreros y obispos en el franquismo*, Madrid, HOAC, 1995.

